

FERNANDO ABADÍA

Prólogo de Julián García Vargas,
exministro de Sanidad y de Defensa

Tu **ACTITUD** es tu llave maestra

Y CÓMO ÉSTA PUEDE ABRIRTE TODAS
LAS PUERTAS

El método
más sencillo
para conseguir
el **éxito**
profesional



«Autoayuda en mayúsculas»
John de Zulueta, presidente del Círculo de Empresarios

Fernando Abadía

Tu actitud es
tu llave maestra

Y cómo ésta puede abrirte
todas las puertas

© Fernando Abadía Hernández, 2018

© Editorial Planeta, S.A., 2018

© de esta edición: Centro de Libros PAFP, SLU.

Gestión 2000 es un sello editorial de Centro de Libros PAFP, SLU.

Av. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-9875-479-7

Depósito legal: B. 24.218-2018

Primera edición: noviembre de 2018

Preimpresión: gama, sl

Impreso por Romanyà Valls, S. A.

Impreso en España - *Printed in Spain*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Sumario

Prólogo	9
Introducción	17
Capítulo 1. Un sueño transformador	25
Capítulo 2. Cambiando nuestra actitud	37
Capítulo 3. Siendo positivos	47
Capítulo 4. Siendo proactivos	67
Capítulo 5. Adquiriendo compromisos.....	81
Capítulo 6. El ser sociable	97
Capítulo 7. La reunión	113
Reflexiones	123
Y para terminar	133
Agradecimientos	139

Sus compañeros no se le acercaban.

Soñaba con tener una posición importante en la vida y había dedicado tiempo, dinero y esfuerzo en adquirir nuevos conocimientos y habilidades que la situaran en una posición de superioridad frente a los demás.

Tenía una meta, llegar muy alto, cuanto más, mejor. Sabía lo que quería e iba a luchar con todas sus energías para conseguir su objetivo.

Elena era brillante en los estudios y en la facultad había conseguido el reconocimiento de sus profesores, así como la admiración y envidia de muchos de sus compañeros de estudios. Tenía una mente muy bien estructurada en lo racional, pero no entendía por qué muchos de sus compañeros le hacían el vacío y no se acercaban a tomar un café con ella en los descansos, o no se sentaban a su lado en la mesa a la hora de comer. «¡Soy una mujer brillante, lo lógico sería que la gente quisie-

ra estar conmigo!», se decía a sí misma mientras soñaba despierta.

Llegó a casa extenuada después de una intensa jornada de reuniones interminables y discusiones también interminables. Después de su sesión de entrenamiento se dio un baño y apenas tomó algo de cena. Entró en un sueño profundo como pocas veces. Era tan profundo como inquieto. Se encontró a sí misma en su lugar de trabajo, pero los compañeros no se le acercaban ni la miraban, ni siquiera la veían. Era una sensación extraña, como si en realidad no estuviera allí. Pero sí que estaba.

—¡Elena, nos vemos a las nueve y media en la sala C! —le dijo Alicia, su jefa. Tenían una reunión para afrontar una crisis con un cliente importante. Elena se sobresaltó, ya que pensaba que en el sueño nadie la podría ver.

Alicia abrió la reunión:

—Tenemos que encontrar una fórmula para afrontar este problema de forma rápida y eficaz. No podemos permitirnos que pase un día más.

—Por la metedura de pata de algunos tenemos que pagar todos. Hay que pensar antes de hacer

las cosas. Con la cantidad de trabajo que tengo, ¡es lo que faltaba!, otra reunión para intentar arreglar lo que se tendría que haber hecho bien desde el principio —dijo Elena, que estaba contrariada y no parecía estar muy por la labor en esa reunión.

Elena se estaba viendo y escuchando a sí misma. Era una sensación muy extraña, como si estuviera en el cine sentada en una butaca viendo una película en la que ella era la protagonista.

Sus compañeros de departamento, Miguel, María, Guillermo y Susana, no la miraban mientras hablaba. Era la tónica habitual. Cuando Elena hablaba, los demás miraban hacia abajo o hacia arriba o entre ellos, pero rara vez cruzaban la mirada con ella. Se miraban entre ellos y así se lo decían todo. Como siempre, Alicia intentaba reconducir la reunión para conseguir resultados, pero cada vez se la notaba más incómoda con los comportamientos y actitudes de Elena.

Elena la protagonista notó que alguien la decía algo al oído. No podía creer lo que estaba viendo. Un ser pequeño y gris estaba sobre su hombro izquierdo. No era humano, eso estaba claro, no era de este mundo. No parecía que nadie lo viera. Sólo ella.

—¿Qué ganas con esto? —le susurró al oído el que parecía un pequeño alienígena.

Elena estaba analizando la situación. «Estoy soñando, eso está claro. Todo es normal, pero lo del bicho este no lo es. Si le doy un manotazo, seguro que desaparece», pensó Elena. Y acto seguido dio un manotazo con la mano derecha sobre su hombro izquierdo. Pero el diminuto ser continuaba allí, como si nada le hubiera golpeado.

Elena se dirigió a él:

—¿Quién eres y, sobre todo, qué quieres?

—¿Qué ganas con esto? —le susurró de nuevo al oído el pequeño ser.

—¿Con qué? —respondió Elena.

—Ya has dicho lo que te apetecía decir en la reunión, ¿y bien?, ¿cuál es el resultado?, ¿qué ganas con ello? —le preguntó el pequeño ser.

—Me he quedado muy a gusto, ¿te parece poco? Y, además, aquí hay que decir las cosas claras, y si no lo haces, parece que no se enteran y al final nadie asume sus responsabilidades —contestó Elena.

La reunión avanzaba y el resto de los miembros del equipo opinaban y realizaban sus propuestas. Elena no hacía más que interrumpir cuando algo le parecía absurdo, generando un ambiente de estrés y malestar. Cuando le tocaba su turno, lo utilizaba para arremeter de nuevo contra la estrategia que habían diseñado otros y que le estaba generando pérdida de tiempo y un incremento de sus tareas.

Elena la soñadora observaba toda la escena con fascinación, intriga e incomodidad.

Miró hacia su hombro izquierdo, y el alienígena seguía allí, mirándola.

—¿Qué ganas con esto, de qué te sirve? ¿Te has desahogado? —volvió a preguntarle.

Elena lo miró con cara de pocos amigos.

—Esto ya no tiene solución. Cuando se mete la pata de esa forma, es muy difícil arreglarlo. De hecho, creo que vamos a perder el cliente. Nada de lo que hagamos va a servir de nada —se dirigió Elena al equipo.

Elena la protagonista había pasado de un estado de agresividad a otro de desánimo, de derrota.

Los compañeros y Alicia, su jefa, intentaban obviar los comentarios de Elena, pero no podían evitar que afectaran a la dinámica de la reunión ni, lo que era más grave, a la moral de los miembros.

—¿Ya has vaciado totalmente de ideas tu mente o quieres continuar haciéndolo? Puedes seguir y desanimarte aún más. —El pequeño ser comenzaba a ser muy incómodo para Elena. Sus preguntas y comentarios la incomodaban, pero ¿por qué?, al fin y al cabo era un ser insignificante dentro de un sueño. Nada más.

Y nada menos.

Se despertó sudando y con la sensación de haber descansado muy poco. Estaba hecha polvo, física y anímicamente. Se levantó y después de lavarse la cara fue a la cocina, se preparó una taza de café bien cargada y se tomó un analgésico. Sentada en la silla de la cocina miró el reloj y se dio cuenta de que eran las dos y media de la madrugada. «¡Uf, lo que faltaba!, todavía me queda por delante casi toda la noche», se dijo a sí misma, dándole vueltas a la cabeza para intentar entender el sueño.

Cinco horas y tres despertares más tarde eran las siete y media de la mañana, y Elena estaba sen-

tada frente a la mesa de la cocina con una taza de café con leche y una tostada con aceite de oliva virgen extra. Se sentía mal, es más, físicamente estaba hecha polvo.

Pero su mirada había cambiado. Algo había cambiado esa noche en la cabeza de Elena. Cuando volvió a acostarse se durmió de nuevo y el sueño continuó, pero en una dirección muy diferente. Elena había tenido tiempo de reflexionar y había tomado decisiones.

—Buenos días, ¿cómo estáis? —casi cantaba Elena al entrar en la oficina.

Todos se giraron para ver qué estaba sucediendo. Nadie podía creer lo que estaban oyendo, la voz de Elena contenta!

Comenzaba la reunión de las nueve y media y Alicia leía la agenda, que era la misma del día anterior, pero dejó claro que esta vez tenían que encontrar una solución. Un compañero de Elena tomó la palabra y expuso una posible solución. A continuación otra compañera hizo lo propio. Elena les escuchaba con atención y con una mirada serena que mostraba que estaba realmente interesada por lo que sus compañeros decían.

—¡Me parecen muy buenas ideas las dos! Creo que podríamos profundizar en ellas y perfilarlas para que el plan de acción sea un éxito, quizá tengamos en ellas la solución. Contad con mi colaboración para lo que necesitéis. —Elena se mostraba con un ánimo y ganas de aportar y colaborar que causó tanta extrañeza como satisfacción. No entendían qué le había pasado. El cambio era tan drástico que todos pensaron que algo muy importante le había tenido que pasar, ¿un ascenso tal vez, un novio, una oportunidad profesional en otra compañía?

Después del primero, Elena había tenido un nuevo sueño. La pasada noche, cuando volvió a la cama después de desvelarse a las dos y media de la madrugada, tuvo un nuevo sueño que le sacudió de forma tan intensa la mente que cuando se marchó a trabajar salió de casa con un estado de ánimo totalmente diferente. Y con una actitud radicalmente opuesta a la habitual. ¿Qué le había pasado, qué había soñado?

Elena se observaba a sí misma sola en un despacho. Todos sus compañeros estaban en la sala de enfrente trabajando en armonía, discutiendo sobre las diversas posibilidades de resolver la crisis con la que se habían encontrado. Elena la protagonista no entendía la situación. ¿Por qué se habían

reunido sin ella? Elena siempre había sido algo ruda en sus relaciones porque quería mostrarse segura de sí misma, pero en ese preciso instante se sentía muy vulnerable, y sola, sin amigos ni compañeros. Un escalofrío le recorrió la nuca y la hizo temblar. Acto seguido, Elena rompió a llorar.

Elena la observadora también sintió lo mismo. Cuando se vio a sí misma en aquella situación imaginó una vida sola. Aquello se le hizo insoponible y lloró como nunca lo había hecho, hasta que no le quedó ni una sola lágrima. Por su mente pasaron mil imágenes de su vida, desde su infancia hasta el día de hoy. Muchas escenas eran tristes y de soledad, pero en una de ellas se encontró jugando con una amiga, quizá la única verdadera amiga que había tenido. Era una visión maravillosa que le generó un inmenso sentimiento de placer y de emoción. Recordó aquellos días en los que jugaba con Nuria, así se llamaba su amiga. Eran momentos de gran felicidad y de plenitud emocional.

El despertador sonaba a las siete y media y Elena se levantaba hecha polvo físicamente, pero el estado de su mente era diferente. Desayunó y se marchó al trabajo con la firme determinación de que los días de malas caras se habían acabado. Necesitaba darse un regalo a sí misma.

La reunión fue todo un éxito, se aprobó un plan de acción para hacer frente a la crisis. Llamaba la atención ver las caras de satisfacción de todos, algo importante había sucedido, habían ganado una compañera y una colaboradora de gran valía.

Elena llegó a casa con una idea fija, quería sentarse a escribir lo que había descubierto, algo maravilloso que estaba cambiando su vida, una actitud diferente. Tomó lápiz y papel y comenzó a escribir ideas. Hizo varios borradores, escribía y borraba, hasta que por fin consiguió terminar de plasmar lo que tenía en la mente y también en el alma. Era su guía particular para cultivar una actitud positiva y nunca más volver a caer en los errores que en el pasado la habían llevado a ser infeliz y a no alcanzar sus metas.